

## CAPÍTULO PRIMERO: CREO EN DIOS PADRE.

### ARTÍCULO 1: "CREO EN DIOS PADRE TODOPODEROSO, CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA"

#### PÁRRAFO 6: EL HOMBRE "A IMAGEN DE DIOS" II

**Puntos:** 359-361.

Dice el punto 359: "Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado" (GS 22,1):

Es una cita del Concilio Vaticano II, de la Constitución Gaudium et Spes, una de las frases del C.V. II más emblemáticas y, posiblemente, una de las más citadas por Juan Pablo II y también por Benedicto XVI. Juan Pablo II fue uno de los grandes padres de la Gaudium et Spes. Citó muchísimo esta frase, que está en el número 22 y dice: *"En realidad el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Adán, el primer hombre, era figura del que estaba por venir, Cristo. Cristo manifiesta plenamente al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación"*.

Es un texto importantísimo. El hombre es un misterio. Somos un enigma. ¿Quién es el hombre? ¿Qué sentido tiene todo? ¿De dónde vengo, a dónde voy? ¿Qué sentido tienen mis contradicciones? ¿Por qué en mi vida experimento contradicciones de querer y no poder? ¿Por qué tengo limitaciones? Es como si tuviese dentro de mí un motor que quisiera correr a 10.000 por hora, pero al mismo tiempo las piernas no me van para alcanzar esa velocidad. ¿Cómo estoy hecho yo? El hombre es un enigma.

Lo que afirma aquí el Concilio Vaticano II es que solamente Cristo le explica al hombre qué es ser hombre. Estamos hablando, no perdamos la perspectiva, de que el hombre es imagen de Dios. Para darte cuenta de eso tienes que mirar a Jesucristo, si no miras a Jesucristo, tú no te entiendes.

El problema está en que nosotros nos miramos mucho al espejo y así no te vas a aclarar porque te vas a seguir mirando a ti mismo y lo que descubres en el espejo es más de lo mismo. Es tu propia contradicción. Tú no necesitas mirar el espejo, necesitas mirar al Sagrario, mirar a Jesucristo y entonces, esa especie de jeroglífico, esa especie de enigma tendrá su respuesta. Mira a Jesucristo, no te mires a ti mismo. Si te miras a ti mismo, entras en una contradicción sin respuesta. Si en vez de mirarte a ti, miras a Jesucristo, encuentras la respuesta, encuentras el sentido último de lo que es ser hombre.

Yo, para explicar un poco esto, he pensado en la etapa de los adolescentes. A veces, hoy en día, creo que nos estamos caracterizando por vivir una eterna adolescencia. Parece que el hombre en crisis y el hombre que no madura, es un eterno adolescente.

Pero bueno, volvamos a la etapa de la adolescencia en la que uno se rebela frente a todo, no se siente a gusto consigo mismo, no se acepta, se avergüenza de sí mismo, se avergüenza de su familia, no se entiende, no se quiere a sí mismo, tiene una rebeldía que no sabe exactamente contra quién tiene que rebelarse. En el fondo es un no estar a gusto con uno mismo. Un adolescente es un paradigma de lo que es el hombre sin Cristo. No se entiende a sí mismo, no

sabe exactamente contra quién pegar la coza y, a veces, la pega justamente contra los que más le quieren. Lo curioso del asunto es que su amargura interior la suele soltar, la suele vomitar, con perdón de la palabra, contra sus padres y sus seres queridos, que son los que le aman más incondicionalmente y luego resulta que fuera, está mendigando amistad, mendigando afectividad, mendigando ser aceptado, ser considerado y es fácilmente manipulable. Un adolescente en esa tesitura, teniendo una crisis de identidad, a cualquiera que le dé un poco de protagonismo, un poco de afectividad, le lleva detrás, es totalmente manipulable.

Esta imagen del adolescente es perfectamente paradigmática de lo que estamos explicando aquí. O sea, el hombre sin Jesucristo no entiende su identidad, es que no la entiende. Se reduce como mucho a vivir pragmáticamente. No te preguntas ni el por qué ni el para qué, ahora toca trabajar, toca ganar dinero, toca tal, a ver cómo vamos pasando el día y que llegue el día siguiente. Este es un drama de no alcanzar, de vivir sin sentido, de espaldas al sentido de nuestra vida.

Y este texto del Concilio Vaticano II nos dice que en Jesucristo nos entendemos. Yo me entiendo a mí mismo en Él, porque el primer Adán, el primer hombre que Dios creó, lo creó en vistas al hombre maduro que iba a ser el segundo Adán, que es Jesucristo.

Y además, como Adán y en Adán, todos nosotros hemos pecado y, al pecar, nos hemos hecho un lío y nos hemos confundido. El pecado ha desordenado nuestro ser de una manera muy potente. Entonces, para saber qué es el hombre, necesitamos mirar a Jesucristo.

Cuando decimos que Dios se hizo hombre, semejante a nosotros en todo, menos en el pecado, tenemos el riesgo de pensar que si se hizo semejante a todos, menos en el pecado, entonces ya no es verdadero hombre. No nos equivoquemos, el pecado no es ser verdadero hombre, precisamente lo que hace es dificultarte saber qué es ser hombre.

Jesucristo es el verdadero hombre y me enseña a mí a serlo y me enseña a entenderme. No pensemos que ser pecador forma parte del ser hombre. No, eso es una desgracia. No es algo connatural. Eso es fruto de haber utilizado mal nuestra libertad. Nosotros somos verdaderamente cristocéntricos, miramos a Cristo y después, cuando volvemos a mirarnos al espejo, nos vemos de una forma distinta, nos queremos más a nosotros mismos, nos aceptamos, tenemos esperanza, tenemos confianza porque al mirarle nos hemos entendido un poco mejor a nosotros mismos.

Esta es la afirmación de partida de este punto: “El misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado, es decir, en Jesucristo” y luego añade: “Cristo manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”.

Para iluminar esto mismo desde otros ángulos, se nos pone una cita de San Pedro Crisólogo, doctor de la Iglesia, un Santo Padre de la Iglesia del siglo V, que fue arzobispo de Rávena, en la actual Italia. Los Santos Padres tenían un estilo a la hora de predicar en el que subrayaban en su exposición aspectos que pueden parecer contrapuestos, pero que iluminan mucho.

Leo la cita: «San Pablo nos dice que dos hombres dieron origen al género humano, a saber, Adán y Cristo [...] El primer hombre, Adán, fue un ser animado; el último Adán, un espíritu que da vida. Aquel primer Adán fue creado por el segundo, de quien recibió el alma con la cual empezó a vivir [...] El segundo Adán es aquel que, cuando creó al primero, colocó en él su divina imagen.

De aquí que recibiera su naturaleza y adoptara su mismo nombre, para que aquel a quien había formado a su misma imagen no pereciera. El primer Adán es, en realidad, el nuevo Adán; aquel primer Adán tuvo principio, pero este último Adán no tiene fin. Por lo cual, este último es, realmente, el primero, como él mismo afirma: "Yo soy el primero y yo soy el último"». (San Pedro Crisólogo, Sermones, 117: PL 52, 520B).

San Pablo nos dice que dos hombres dieron origen al género humano, a saber: Adán y Cristo. Está comparando el hombre pecador y el hombre Santo, Adán y Cristo. El primer hombre, Adán, fue un ser animado. El último Adán, o sea, Cristo, un espíritu que da vida. Aquí hay una comparación, una contraposición que dice que Adán, el hombre pecador es un hombre animado, pero el último Adán, Jesucristo, es un espíritu que da vida. Quiere decir que Jesucristo no solo tuvo alma humana, sino que además, Jesucristo es el espíritu que da vida, es decir, da el Espíritu Santo. El hombre para poder vivir espiritualmente, necesita del Espíritu Santo.

Nosotros, además del alma humana, porque somos animados, necesitamos el espíritu de vida, el Espíritu Santo. Sin el Espíritu Santo, más que espiritualmente, actuamos animalmente, como animales y a las pruebas me remito. Actuamos carnalmente y no espiritualmente.

Sigue la cita: aquel primer Adán fue creado por el segundo, de quien recibió el alma con la cual empezó a vivir. Es decir, Adán y Eva fueron creados por el segundo Adán, por Jesucristo, que nacería miles de años después. Porque es lo que dice Jesucristo delante de los judíos: antes de que existiese Abraham existía yo. Y claro, cuando Jesucristo dijo esa frase, se rasgan las vestiduras. Podía haber dicho también antes de que Adán y Eva existiesen. O sea, el segundo Adán crea al primero, no el primero al segundo, porque era preexistente, porque antes de su Encarnación en las entrañas de la Virgen María era Dios de Dios, luz de luz, Dios eterno verdadero. El segundo Adán es aquel que cuando creó al primero, colocó en él su divina imagen.

De aquí que recibiera su naturaleza y adoptara su mismo nombre para que aquel, a quien había formado a su misma imagen, no pereciera. Cuando Jesucristo el Verbo eterno creó a Adán y a Eva, colocó en él su imagen, la imagen que iba a tener Él cuando se encarnase y naciese. Es como si la Encarnación se estuviese adelantando, como predibujando.

En el momento en que el hombre es creado, Dios, que es omnisciente, lo sabe todo y sabe que miles de años después se va a encarnar y se va a hacer hombre, al crear al hombre le dio una humanidad que era imagen de lo que iba a ser Jesucristo.

Por eso nosotros en el fondo estamos hechos, fabricados, y perdonad la expresión, teniendo en cuenta lo que está por venir, teniendo en cuenta a Jesucristo. Es la humanidad de Jesucristo la imagen en la que Dios se inspiró cuando creó a Adán y a Eva. El primer Adán es en realidad el nuevo Adán. Aquel primer Adán tuvo principio, pero este último Adán no tiene fin. Por lo cual, este último es realmente el primero. Como él mismo afirma, yo soy el primero y yo soy el último.

Quizás a nosotros esta manera de expresarse de los Santos Padres nos resulta muy misteriosa, pero es muy rica. Yo creo que una de las grandes aportaciones que hace el Catecismo de la

Iglesia Católica es familiarizarnos con los Santos Padres, que entendamos cómo predicaba la Iglesia en los primeros siglos más cercanos a Jesucristo.

Es el primero porque creó a Adán y a Eva y es el último porque Él es el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Y todo el género humano tiende a Jesucristo y Él vendrá al final en gloria, como juez de vivos y muertos.

Sabemos que en la creación histórica el primer hombre es Adán y Eva, pero teológicamente dice San Pablo, los Padres de la Iglesia y el Catecismo, el primer hombre es Jesucristo, porque Adán y Eva fueron creados teniendo a Cristo como imagen. Y si nosotros queremos entender quién soy yo y qué pinto en esta vida, tenemos una clave de sentido: la persona de Jesucristo, su humanidad, su Encarnación en la que nos conocemos, nos comprendemos, nos aceptamos, amamos la vida y amamos el plan de Dios, amamos al prójimo. Y amamos este género humano en el que, a veces, vivimos de espaldas a Dios y en vez de entendernos como hermanos, parece que formamos una jauría de animales, peleados entre nosotros.

Pasamos al punto 360: **“Debido a la comunidad de origen, el género humano forma una unidad. Porque Dios “creó [...] de un solo principio, todo el linaje humano” (Hch 17, 26; cf. Tb 8,6):** El contexto es el discurso que San Pablo predicó en el areópago de Atenas. Cuando San Pablo vio el altar al dios desconocido, dijo: *“El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él, es el Señor del cielo y de la Tierra, no habita en santuarios fabricados por manos humanas, ni es servido por manos humanas. Como si de algo estuviera necesitado el que a todos da la vida, el aliento y todas las cosas y luego dice: Él creó de un solo principio todo el linaje humano para que habitase sobre la faz de la tierra.”*

O sea, que tenemos todos un solo principio, partimos de una misma madre, la naturaleza humana que compartimos tiene un mismo origen y eso nos tiene que hermanar, eso es algo muy determinante.

Se nos cita otro texto, Tobías 8, 6 que dice: *Tú creaste a Adán y para él creaste a Eva, su mujer; para sostén y ayuda, y para que de ambos proviniera la raza de los hombres.*

Habla, por lo tanto, sobre cómo toda la raza de los hombres proviene de Adán y Eva. Se subraya ese origen común. Este tema es importante, nosotros tendemos a subrayar lo que nos diferencia. Pero ojo, es que hay muchos misterios que no los vamos a entender nunca si no partimos de la realidad de que tenemos un origen común.

Dentro de no muchos días vamos a abordar el tema del pecado original. Para entender por qué el pecado de Adán nos afecta tanto a todos nosotros, es difícil entenderlo si no caemos en cuenta de que tenemos el mismo origen, estamos afectados unos por otros.

Es como cuando mueren unos padres y dejan una herencia a sus hijos, pero también han dejado unas deudas. No se puede coger la herencia y rechazar las deudas. Para lo bueno y para lo malo se tiene esa unidad de origen con los padres.

Este ejemplo nos permite entender que, cuando Jesucristo asume la naturaleza humana, no solo salva la naturaleza humana, la que él asumió, sino todas las naturalezas. La naturaleza humana queda sanada por el hecho de que Cristo la redime.

Igual que por un hombre, entró el pecado en todos, también por otro hombre, Jesucristo, entra la salvación en todo el género humano. Porque había una unidad, una especie de solidaridad con la naturaleza para bien y para mal. Para mal porque el pecado de Adán, al tener una unidad de género con él, nos contagia a todos, pero también para bien, porque al asumir la naturaleza humana, Jesucristo sana no sólo la de aquella humanidad nacida del seno de la Virgen María, sino la mía, también la tuya, la del otro, la de uno de China, la de uno de África, porque toda la naturaleza humana tiene una unidad de origen.

Individualmente somos personas distintas, mi pecado no es el tuyo y el tuyo no es el mío. Nosotros subrayamos mucho la individualidad que nos distingue de los otros y es verdad, pero además de eso, hay que decir que hay mucho que nos une. Compartimos una naturaleza humana, aunque personalmente seamos personas distintas. Y no podemos decir: a mí lo que haga el otro no me afecta. Claro que te afecta, porque el misterio de la unidad de origen nos compromete mucho.

Para subrayar esto, se nos cita una encíclica de Su Santidad Pío XII, de feliz memoria, cuyo título es *Summi Pontificatus*. En ella se subraya todo aquello que nos une, que hace que formemos un solo cuerpo y que no podamos decir que yo no tengo nada que ver con lo que hizo Adán o con lo que ha hecho el otro. El texto dice: «**Maravillosa visión que nos hace contemplar el género humano en la unidad de su origen en Dios [...]; en la unidad de su naturaleza, compuesta de igual modo entre todos de un cuerpo material y de un alma espiritual; en la unidad de su fin inmediato y de su misión en el mundo; en la unidad de su morada: la tierra, cuyos bienes todos los hombres, por derecho natural, pueden usar para sostener y desarrollar la vida; en la unidad de su fin sobrenatural: Dios mismo a quien todos deben tender; en la unidad de los medios para alcanzar este fin; [...] en la unidad de su Redención realizada para todos por Cristo (Pío XII, Enc. *Summi Pontificatus*, 3; cf. Concilio Vaticano II, *Nostra aetate*, 1).**»

Pío XII subraya cuántas cosas nos unen en una unidad de género, de origen y de destino. La cultura romántica, también racionalista, ha enfatizado mucho el individualismo y tenemos que purificar eso porque nosotros formamos parte de un género humano del que somos deudores y hacia el cual también tenemos responsabilidades.

Fijaos cuántos vínculos de unidad ha citado Pío XII:

*Unidad de origen:* todos venimos de la mano de Dios y Dios es el Padre común de todos. *Unidad de naturaleza:* nos ha hecho con la misma naturaleza a todos, a ti, al hombre de Cromañón, a un africano o a un filipino.

*Unidad de fin inmediato:* estoy llamado a establecer el Reino de Dios en este mundo, a establecer un reino de Justicia, de amor y de paz, y estoy llamado lo mismo yo que tú, que él que nosotros, estamos llamados a lo mismo y estamos llamados a un mismo destino, al cielo. Hemos salido de las mismas manos y vamos al mismo sitio.

*La unidad de su morada:* vivimos en la misma casa común y tenemos una serie de obligaciones, de repartir equitativamente los bienes y pensar en clave de nosotros y no de yo.

*Unidad de fin sobrenatural:* una unidad de los medios para alcanzar este fin. La Palabra de Dios, el Mensaje de Salvación, la Revelación que Dios nos ha entregado para que sea instrumento de conocimiento de Dios, los Sacramentos y todos esos medios tenemos que compartirlos. Yo no soy quién para decir esto es para mí. Dios lo ha entregado para que sea para todos, es un pecado que yo me apropie de unos medios y no los comparta, que no me sienta misionero, porque tengo una unidad de destino con los que todavía no han conocido a Jesucristo.

Tenemos que sentir una vocación misionera porque somos imagen de Dios y venimos de lo mismo y vamos a lo mismo. No vale decir, yo hago mi vida, mi proyecto y cada uno ya verá lo que hace. No, no, aquí hay una unidad de género y una unidad de destino.

Como veis, hay una serie de consecuencias por ser imagen de Dios muy serias que tenemos que subrayar.

Para concluir el tema del hombre “A imagen de Dios” vamos a hacer una pequeña recopilación de lo que hemos dicho.

Los cristianos y el propio nombre que nos identifica, nos entendemos desde Cristo. Soy cristiano, Cristo es el que me explica quién soy yo. Mi identidad se ilumina desde la Cristología. Es Cristo el que me enseña a entender lo que es el hombre. La antropología está iluminada desde la Teología, desde la Cristología, este es un aspecto muy importante. Nosotros tenemos unos deberes de solidaridad. Nos sentimos hermanos no únicamente por una cuestión estética, una cuestión moral o una decisión ética. No, estamos hablando de que antropológicamente, incluso ontológicamente, mi ser tiene un origen común y una unidad de destino. No es una cuestión de decisión política, de decisión coyuntural. Hay razones antropológicas, razones que son insertadas en el ser, en la ontología del hombre, que tienen su última razón de ser en Dios, en la Teología, en la Cristología desde la cual hemos ido hechos. Hemos sido hechos por Dios y en Dios y en Cristo, tomando a Cristo como modelo. De él hemos nacido, por eso ahí sustentamos la imagen de Dios, el ser todos imagen de Dios.

Cuando uno lee la Declaración de los Derechos Humanos de 1947, si no me equivoco, Declaración realizada y plasmada al término de la Segunda Guerra Mundial, es impresionante observar cómo se afirma que *todos los hombres tienen la misma dignidad*. No entra a valorar en qué se basa esa común dignidad de todo el género humano.

El siglo XX fue un siglo de contradicciones, se reconoció la igual dignidad de todo ser humano al mismo tiempo que se practicó absolutamente todo lo contrario, matándonos unos a otros. Será importante, aparte de afirmar las cosas, fundamentarlas y buscar su raíz última. Nosotros tenemos que dar un paso más, las cosas no son porque sí, porque luego puede venir otro momento político y se dice lo contrario.

Pasamos al punto 361: "Esta ley de solidaridad humana y de caridad (ibíd.), sin excluir la rica variedad de las personas, las culturas y los pueblos, nos asegura que todos los hombres son verdaderamente hermanos."



El fundamento último de la hermandad es que somos imagen de Dios, sin excluir la rica variedad de culturas, de pueblos, de personas. En la variedad somos imagen de Dios, pero también en la unidad somos imagen de Dios. La ley de la solidaridad y de la caridad se basa en eso.

Se nos remite aquí al **punto 1939 del Catecismo** en el que, hablando del Séptimo Mandamiento, de todos los deberes de Justicia Social, se decía lo siguiente: *El principio de solidaridad, expresado también con el nombre de “amistad” o “caridad social”, es una exigencia directa de la fraternidad humana y cristiana (cf SRS 38-40; CA 10): Un error capital, “hoy ampliamente extendido y perniciosamente propalado, consiste en el olvido de la caridad y de aquella necesidad que los hombres tienen unos de otros; tal caridad viene impuesta tanto por la comunidad de origen y la igualdad de la naturaleza racional en todos los hombres, cualquiera que sea el pueblo a que pertenezca, como por el sacrificio de redención ofrecido por Jesucristo en el altar de la cruz a su Padre del cielo, en favor de la humanidad pecadora” (Pío XII, Carta enc. Summi Pontificatus).*

Es de nuevo una cita de Pío XII de la misma encíclica subrayando que la unidad de origen y la unidad de destino la vemos en dos cosas, en la creación y en la redención. ¿De qué forma nos revela Dios que tenemos una unidad de origen y de destino? En primer lugar en la creación, hemos sido creados por y para Dios. Venimos de Dios y nuestra meta es vivir con Él para siempre, pero es que además, la Redención, el hecho de que Jesucristo haya asumido la carne enferma, pecadora del hombre para hacerla santa es también un indicio de que Dios está comprometido con esta unidad de género humano. Dice Pío 12, es el testimonio máximo en el que tenemos que confiar plenamente, que somos una sola familia, hasta el punto de que Dios mismo se ha implicado para que no rompamos la unidad de la familia. La Encarnación, la Redención de Jesucristo tenemos que entenderla como una especie de santa intromisión de Dios entre nosotros para volver a hacer unidad donde nuestro pecado había hecho ruptura. Él ha venido para unir lo que nosotros habíamos roto.

Acordaros como hay un texto de San Pablo que dice: Él ha derribado los muros que separaban a los hombres a unos de otros y a nosotros con Dios. Ha venido para derribar la separación y para hacer unión entre nosotros. La solidaridad humana está basada en dos cosas, en la creación del mundo y en la redención de Jesucristo.

Por eso hay muchos movimientos de espiritualidad que suelen subrayar la unidad como una de las inspiraciones más grandes del Evangelio: *Padre, que todos sean uno como tú y yo somos uno. Yo ruego por ellos*, ruego por su unidad, porque el Príncipe de las Tinieblas va a separarlos, va a intentar sembrar cizaña. *Yo ruego por ellos*. Cristo se entrega por la unidad de la Iglesia, por la unidad del género humano.

La creación y la redención son un canto a la familia, mientras que a Satanás no le gusta la palabra familia. Satanás lo que quiere es individuos, no familia (familia natural, familia del género humano y familia de la Iglesia). Cuando somos familia, somos mucho más difícilmente vencibles, tentables. A Satanás, lo que le gusta es dividir para poder vencer más fácilmente. Divide y vencerás. Satanás nos quiere separar para tentarnos. Entonces es mucho más fácil caer,

cuando uno tiene una serie de pasiones desatadas contra el otro, en el paquete de esas pasiones, se le tiente de lo que haga falta porque se va a tragar lo que sea.

Aquí hay dos estrategias, la de Jesucristo, que es aquel que siempre siembra unidad y la de Satanás, que está siempre sembrando discordia, separación y división entre nosotros.

Yo creo que también, a la hora de desenmascarar a Satanás, basta con partir de este principio: todo aquello que nos enfrenta, nos divide, no es de Cristo.